

sica celestial á los habitantes del aire... aquí cogía rosas en esa espesura, rosas para mí... aquí, pendiente de mi cuello, abrasaba mis labios con los suyos, y las flores morían contentas bajo las pisadas de los amantes...

MOOR.—¿No existe ya?

AMALIA.—Surca un mar tempestuoso... el amor de Amalia navega con él... atraviesa desiertos no hollados, cubiertos de arena... el amor de Amalia hace reverdecer bajo sus plantas los granos ardientes, y florecer los arbustos salvajes... el sol de Mediodía tuesta su cabeza desnuda, la nieve del Norte se adhiere á su calzado, el granizo de las tempestades le acompaña en sus sueños, y el amor de Amalia lo arrulla en la borrasca... Mares, montañas y vasto horizonte entre los amantes...; pero sus almas abandonan su prisión de polvo, y se juntan en el Eden del amor... Parecéis triste, señor Conde.

MOOR.—Esas palabras de amor hacen revivir el mío.

AMALIA. (Poniéndose pálida.)—¿Cómo? ¿Amáis á otra?... ¡Ay de mí!... ¿qué habéis dicho?

MOOR.—Ella me creía muerto, y fué fiel á quien creía muerto... supo luego que yo vivía, y me ofreció la corona de una mártir. Ella sabe que yo ando errante y miserable en el desierto, y su amor me acompaña volando en el desierto y en la desgracia. Llámase también Amalia como vos, señorita.

AMALIA.—¿Cómo envidio yo á vuestra Amalia!

MOOR.—¡Oh! ¡Es una joven desdichada! Ama á un hombre, ya perdido, y jamás... jamás obtendrá su recompensa.

AMALIA.—No, la obtendrá de seguro en el cielo. ¿No se dice que hay otro mundo mejor, en donde los tristes se regocijan, y los amantes se encuentran de nuevo?

MOOR.—Sí, un mundo en donde las máscaras caen, y el amor se encuentra horriblemente... su nombre es la eternidad... mi Amalia es una joven desventurada.

AMALIA.—¿Desventurada y la amáis?

MOOR.—Desventurada porque me ama. ¿Y si yo fuese un asesino? ¿cómo, señorita, si vuestro amante pudiera pagar con una muerte cada uno de vuestros besos? ¡Ay de mi Amalia! ¡Es una joven desventurada!

AMALIA. (Mostrando grande alegría.)—¡Ah! ¡cuán feliz soy yo entonces! Mi único amante es un reflejo de la divinidad, y la divinidad no es más que dulzura y misericordia. Él ni aun puede sufrir que se haga daño á una pobre mosca... Tan opuesta es su alma á todo pensamiento de sangre, como el mediodía á la media noche. (Moor se vuelve con rapidez hacia la espesura, y se queda mirando al paisaje fijamente. Amalia toca el laud y canta.)

«¿Quieres, oh Héctor, separarte de mí para siempre, y encaminarte á donde te esperan los hijos de Eaco, con su acero homicida, para ofrecer á Patroclo horrible sacrificio? ¿Quién enseñará después á tus tiernos hijos á manejar la lanza, y honrar á los dioses, cuando el Xantho serpentea detrás de lí?»

MOOR. (Que coge en silencio el laud y canta.)—«Anda, esposa amada, tráeme mis armas temidas. Déjame... déjame asistir á las guerreras danzas.» (Tira el laud y huye.)

ESCENA V.

Monte inmediato.—Noche.—En el centro un castillo arruinado.

LOS LADRONES acampados.

LOS LADRONES. (Cantando.)—«Robar, matar, el libertinaje, las pendencias, para nosotros son pasatiempo. Mañana nos ahorean. Regocijémonos, pues, hoy.

«Vida libre la nuestra, vida llena de placeres; las selvas

«nuestro cuartel nocturno, el viento y la tempestad nuestros compañeros, nuestro sol la luna, y Mercurio nuestro Dios y nuestro ángel guardián.

«Hoy nos invitamos en la casa del sacerdote, mañana en la del rico labrador. Dejamos que Dios, bondadoso y omnipotente, cuide de lo demás.

«Y cuando en el jugo de la uva mojamos nuestras gargantas, cobramos fuerza y brío, y entramos en la hermandad del negro personaje, que tuesta las almas en el «Averno.»

«El quejido de los padres asesinados, el ay de las madres sobresaltadas, el suspiro doliente de la desposada huérfana, son nuestro placer y nuestro contento.

«Ah! Cuando tiemblan bajo nuestras armas, mugen como terneras y caen como las moscas, se dilatan plácidas las niñas de nuestros ojos, y se recrean nuestros oídos.

«Y cuando llega mi hora, mi dueño es el verdugo, y damos lustre á nuestro calzado, tomamos al paso un trago de vino generoso, y ¡hurra, allá va! nos embarcamos para «no volver.»

SCHWEIZER.—¡Ya es de noche, y el capitán no parece!

RAZMANN.—Y prometió estar con nosotros á las ocho.

SCHWEIZER.—¿Le habrá ocurrido alguna desgracia?... Camaradas! Incendiaremos, y mataremos hasta á los niños de pecho.

SPIEGELBERG. (Llamando á Razmann á parte.)—¡Oye una palabra, Razmann!

SCHWARTZ. (A Grimm.)—¿Enviamos algunos espías?

GRIMM.—¡Déjalo! Dará algún golpe que nos avergüence.

SCHWEIZER.—Te equivocas ¡por el diablo! No se separó de nosotros con las trazas de quien maquina alguna trama diabólica. ¿Has olvidado lo que nos dijo, al dejarnos en estos matorrales?... «El que robe una sola hortaliza de esos campos, tenga entendido que juega su cabeza,

como me llamo Moor...» No se trata, pues, de robar.

RAZMANN. (A Spiegelberg, en voz baja.)—¿Qué quieres?... habla con claridad.

SPIEGELBERG.—¡Chitón, chitón!.. No sé qué entendemos ambos por libertad, estando unidos á un carro como bueyes, y declamando maravillosamente sobre la independencia... Esto no me agrada.

SCHWEIZER. (A Grimm.)—¿Qué hila ese casquivano en su rueca?

RAZMANN. (En voz baja á Spiegelberg.)—¿Hablas del capitán?

SPIEGELBERG.—Pero ¡calla, calla! Hay á nuestro rededor oídos, que escuchan por él... ¿Capitán, dices? ¿quién lo ha hecho nuestro capitán, usurpando este título, que de derecho me corresponde?... ¿Cómo, pues? ¿Y por él jugamos á los dados nuestra vida? ¿Y sufrimos todos los rigores del destino, para tener al fin la dicha de ser propiedad de un esclavo?... ¿Esclavos nosotros, pudiendo ser príncipes?... Por Dios, Razmann, nunca ha sido esto de mi agrado.

SCHWEIZER. (A los demás.)—Sí... tú eres un héroe verdadero... para tirar piedras á las ranas... el ruido sólo de sus narices, al estornudar, te haría escaparte por el ojo de una aguja.

SPIEGELBERG. (A Razmann.)—Sí... años ha que pienso yo en esto; ha de ser de otra manera. Razmann, si tú eres lo que yo creo... Razmann... él falta... está casi perdido... Razmann, me imagino que ha llegado su última hora... ¿Cómo? ¿No te conmueve el sonido de la campana de la libertad? ¿No tienes valor bastante para entender una señal atrevida?

RAZMANN.—¡No me tientes, Satanás! ¿A dónde quieres llevarme?

SPIEGELBERG.—¿Has mordido ya el anzuelo?... ¡Bien! ¡Sígueme! He notado en donde se oculta... ¡Ven! Dos pistolas

rara vez yerran, y además... y así seremos los primeros que ahoguen á ese leoncillo. (Quiere llevárselo.)

SCHWEIZER. (Sacando colérico su puñal.)—¡Ah, bestia! ¡Justamente me haces acordarme de los bosques de Bohemia!... ¡No eres tú el cobarde, que comenzó á temblar cuando se oyó el grito de «ahí están los enemigos?» Entonces te maldije por mi alma... ¡Muere, asesino! (Lo mata de una puñalada.)

LOS LADRONES. (En tumulto.)—¡Al asesino, al asesino!... SCHWEIZER... Spiegelberg... separadlos...

SCHWEIZER. (Tirando sobre él su puñal.)—Dejadlo... que muera... quietos, compañeros... no os alleréis por esta bagatela... El pérfido ha odiado siempre al capitán, y no tiene una sola cicatriz en todo su cuerpo... Otra vez os lo digo: no os cuidéis de esto... ¡Hola, traidor! Por la espalda intentaba asesinar á los valientes. ¿Asesinar á traición?... ¡Sudar tantos trabajos para dejar como perros este mundo? ¡Bribón! ¿Hemos dormido entre el fuego y el humo, para reventar al cabo como ratas?

GRIMM.—Pero ¡por el diablo, camarada!... ¿cuál ha sido la causa de la querrela?... El capitán se pondrá furioso.

SCHWEIZER.—Deja esto á mi cuidado... Y tú, miserable, (A Razmann.) ¡tú, tú eras su cómplice!... Quitate de mis ojos... Schusterle también lo hizo; pero por eso lo han ahoreado ya en Suiza, como se lo profetizó mi capitán...

(Se oye un tiro.)

SCHWARTZ. (Levantándose.) — ¡Escuchad! ¡Un pistoletazo! (Suena otro tiro.) ¡Otro! ¡Hola! ¡El capitán!

GRIMM.— ¡Esperad! Ha de tirar otra vez. (Se oye otro tiro.)

SCHWARTZ.— ¡Él és!... sí, él es... ¡Sálvate, Schweizer!... Nosotros le hablaremos (Disparan también unos tiros; preséntanse Moor y Kozinsky.)

SCHWEIZER. (Saliendo á su encuentro) ¡Bien venido seas, mi capitán!... He sido algo ligero en tu ausencia. (Llévalo

á donde está el cadáver.) Sé tú mi juez entre los dos... quería asesinarle á traición.

LOS LADRONES. (Con asombro.) — ¡Cómo! ¿al capitán?

MOOR. (Pensativo, al contemplarlo, exclama de repente.) — ¡Oh mano incomprensible de la justicia vengadora!... ¿No fué éste el primero que me sedujo con sus cantos de sirena?... Consagra ese puñal á Némesis sombría y remuneradora. ¡Tú no has hecho esto, Schweizer!

SCHWEIZER.— ¡Por Dios! Yo he sido quien lo ha hecho, y por el diablo que no es lo peor de mi vida. (Sepárase de mal humor á un lado.)

MOOR. (Reflexionando.) — Ya comprendo... un sér que imprime al cielo movimiento... ya comprendo... las hojas se caen de los árboles... y mi otoño ha venido... Quitad esto de mi vista. (Llévanse el cadáver de Spiegelberg.)

GRIMM.— ¡Danos tus órdenes, capitán!... ¿Qué hacemos ahora?

MOOR.— Pronto, pronto se cumplirá todo... Dadme mi laud... Haber estado allí me ha perdido... mi laud, digo... necesito recobrar mi brío... ¡Dejadme!

LOS LADRONES.— ¡Es ya media noche, capitán!

MOOR.— Pero eran sólo lágrimas derramadas en el teatro... oiré el canto de los romanos, que despertarán mi espíritu aletargado... mi laud, digo... ¿que es ya media noche?

SCHWARTZ.— Que pronto pasará... como plomo es nuestro sueño. Tres días hace que no se cierran nuestros ojos.

MOOR.— ¡El sueño consolador llega también á los párpados de los perversos? ¿Por qué huye de mí? Nunca he sido cobarde ni bajo... andad á dormir... mañana al romper el día partiremos.

LOS LADRONES.— ¡Buenas noches, capitán! (Se acuestan en tierra, y se duermen. Profundo silencio.)

MOOR. (Cogiendo su laud, y cantando.)

Bruto.—«¡Salve, campos pacíficos, recibid al último romano! Abrumado de dolor, vengo corriendo de Philipos, en donde luchaban y se mataban los hermanos. Casio, ¿en dónde estás?... Roma perdida, mis compañeros de armas degollados, y yo buseo un refugio llamando á las puertas de la muerte.»

César.—«¿Quién, con pasos de nunca vencido, camina allá, por la pendiente de las montañas?... ¡Ah! Si no me engañan mis ojos, su aspecto es de romano... Hijo del Tiber... ¿desde cuándo comenzó tu viaje? ¿Todavía subsiste la ciudad de las siete colinas? Con frecuencia, no teniendo ya á César, he llorado su orfandad.»

Bruto.—«¡Ah! ¿Tú eres el de las veintitrés heridas? ¿Quién, oh muerto, te llama á la luz? Retírate temblando de nuevo á los abismos del Orco, tú que lloras lleno de orgullo... No triunfas. En el férreo altar de Philipos humea el último y sangriento sacrificio de la libertad. Roma siente el estertor de la agonía sobre el féretro de Bruto, y Bruto descenderá en breve junto á Minos... Arrástrate á su río.»

César.—«¡Oh! ¡Una herida mortal de la espada de Bruto! ¿Tú, tú también, oh Bruto? Hijo... era tu padre... hijo... El orbe entero hubiese sido tu herencia. Véte... tú has sido el más grande de los romanos, cuando tu acero atravesó el pecho de tu padre. Anda y grita en aquellas puertas: Bruto, el que hundió su puñal en el pecho de su padre, ha sido el más grande de los romanos. Vé... tú sabes ahora lo que me tenía confinado en las riberas del Leteo... Negro marinero, abandona ya la tierra.»

Bruto.—«¡Aguarda, padre!... En todo el imperio del sol sólo uno he conocido igual al gran César, y le has llamado hijo. Un César podía corromper á Roma, pero Bruto y César no podían subsistir juntos. Bruto no quiere herencia de tiranos, y en donde viva Bruto ha de morir

»César. Véte tú por la izquierda, yo por la derecha.»

(Deja el laud y se pasea pensativo.)

¿Quién sería mi fiador?... Todo se presenta tan sombrío... laberinto intrincado... ninguna salida... ningún astro que me guíe... si todo acabase con el último aliento... todo, todo como un juego de muñecos... Pero ¿á qué entonces esa sed ardiente de felicidad? ¿Ese ideal de perfección imposible?... ¿Esos planes, que nunca se realizan del todo?... Si con la insignificante presión de este miserable instrumento (Acercando á su frente una pistola.) se igualaran los cobardes á los valientes... los locos á los cuerdos... los niños á los villanos... Si tan divina armonía reina en la naturaleza inanimada... ¿por qué tal desacuerdo en los dominios de la razón?... ¡No, no! hay algo más, porque yo no he sido feliz.

¿Creéis que temblaré? ¡Almas de mi víctimas! yo no temblaré. (Temblando violentamente.) ¡Vuestros gemidos de muerte... vuestros rostros lívidos... vuestras heridas, horriblemente abiertas, sólo son los eslabones de la cadena del destino, y dependéis en último término de mis noches de fiesta, de los caprichos de mi nodriza, del temperamento de mi padre, de la sangre de mi madre!... (Sobrecogido de horror.) ¿Por qué mi Periclo no ha hecho de mí un toro, para abrasar la humanidad en mis entrañas ardientes? (Deja las pistolas.) El tiempo y la eternidad... enlazados por un solo instante... Horrendo enigma, que cierra tras sí la cárcel de la vida, y descubre á mi vista la mansión de la noche eterna... Díme... ¡oh! dime, ¿adónde, adónde me llevarás?... mundo extraño, cuya vuelta nadie ha navegado. Mira; la humanidad sucumbe bajo esa imagen, la fuerza elástica de lo finito ha de ceder, y la fantasía, que se burla caprichosamente de los sentidos, ofrece á nuestra credulidad los más raros fantasmas... ¡No, no! El hombre no debe vacilar... seas tú lo que quieras, allende sin nombre... sólo

yo soy fiel á mí mismo... sé lo que fueres, si yo solo conmigo he de pasar más allá. Las cosas exteriores son sólo el barniz del hombre... Yo soy mi cielo, y yo mi infierno.

Si tú me abandonarás en un planeta reducido á cenizas, alejado de tu vista, en donde la noche solitaria y un desierto perpetuo fueran los únicos objetos que se me presentaran en el mundo externo, yo poblaría su aterrador silencio con las imágenes de mi fantasía y me solazaría con la eternidad, desenredando el confuso caos de la universal miseria. ¿O quieres llevarme, por medio de nacimientos sucesivos y de espectáculos siempre nuevos de desdichas, de grado en grado... hasta la nada? ¿No puedo romper tan fácilmente los hilos que me sujetan á esta vida, como los de la otra? Puedes aniquilarme... no puedes arrebatarme esta libertad. (Monta las pistolas, y se defiende de repente.) ¿Y he de morir por miedo á una vida llena de torturas? ¿He de consentir que me venza la miseria?... ¡No! Quiero sufrirla; (Tira las pistolas.) ceda á mi orgullo el sufrimiento. Cumpliré mi destino. (La oscuridad se acrecienta.)

HERMANN. (Penetrando en el bosque.) — ¡Oid, oid el triste canto del buho!... las doce suenan allá abajo en la aldea... bueno, bueno... el crimen duerme; en esta soledad nadie me escucha. (Llegase al castillo, y llama.) ¡Ven acá, hombre desventurado, que habitas en esta cárcel; aquí tienes tu alimento!

MOOR. (Retrocediendo con cuidado.) — ¿Qué significa esto?

UNA VOZ. (Desde el castillo.) — ¿Quién llama? ¡Eh! ¿Eres tú, Hermann, mi cuervo?

HERMANN. — Yo soy Hermann, tu cuervo. Sal de la reja, y come. (Los buhos cantan.) Triste canto entonan tus compañeros de sueño, anciano... ¿Te sabe bien?

LA VOZ. — Mucha hambre tenía. Gracias á tí, que envías los cuervos al desierto á llevar el pan... ¿Y mi hijo querido, Hermann?

HERMANN. — ¡Callad!... esenchemos... suena como si alguien respirara con trabajo; ¿no oyes nada?

LA VOZ. — ¿Cómo! ¿Oyes tú algo?

HERMANN. — Los gemidos del viento en las ruinas del castillo... música nocturna, suficiente para que castañeteen nuestros dientes, y se pongan lividas nuestras uñas; oye, otra vez... siempre se me figura que oigo á alguien respirar con trabajo... Tú tienes compañía, anciano... ¡hu, hu!

LA VOZ. — ¿Ves algo?

HERMANN. — Adiós, adiós; este lugar inspira miedo... baja á tu agujero... allí arriba tu salvador, tu vengador... ¡hijo maldito! (Hace ademán de huir.)

MOOR. (Apareciendo horrorizado.) — ¡Detente!

HERMANN. (Gritando.) — ¡Ay de mí!

MOOR. — ¡Detente, te digo!

HERMANN. — ¡Ay, ay, ay! ¡Ahora todo se ha descubierto!

MOOR. — ¡Detente, habla! ¿Quién eres? ¿qué vienes á hacer aquí? ¡Habla!

HERMANN. — ¡Misericordia! ¡Oh! ¡Misericordia, poderoso señor!... ¡Oid una sola palabra antes de matarme!

MOOR. (Desenvainando la espada.) — ¿Qué voy á oír?

HERMANN. — ¡Bien me lo habíais prohibido, por mi vida!... pero yo no podía obedeceros, era imposible... un Dios en el cielo... vuestro buen padre ahí... me dolía su... ¡no me matéis!

¡Moor. — ¡Hay aquí un misterio!... ¡Fuera ya! ¡Habla! ¡Quiero saberlo todo!

LA VOZ. (Desde el castillo.) — ¡Ay, ay! ¿Eres tú, Hermann, el que habla ahí? ¿Con quién hablas, Hermann?

MOOR. — ¡Alguien hay allá abajo! ¿Qué es esto? (Corriendo hacia la torre.) ¿Es acaso algún prisionero, á quien los hombres rechazan? Quiero romper sus cadenas. ¡Habla, repito! ¿En dónde está la puerta?

HERMANN.—¡Oh! ¡Compadeceos de mí, señor!... ¡no vayáis más allá, señor!... ¡dejadlo, por piedad!

(Poniéndosele delante.)

MOOR.—¡Aunque estuviera cerrada cuatro veces! ¡Fuera de aquí!... ¡Ha de salir!... Ahora, arte de robar, ven á mi ayuda por vez primera!

(Coge una ganzúa, y abre la puerta de la reja; del fondo sale un anciano, flaco como un esqueleto.)

EL ANCIANO.—¡Compasión por un desdichado! ¡Compasión!

MOOR. (Retrocediendo horrorizado.)—¡Esta es la voz de mi padre!

EL VIEJO MOOR.—¡Gracias, Dios mío! ¡Llegó ya la hora de la redención!

MOOR.—¡Espíritu del anciano Moor! ¿qué te ha arrancado de tu sepulcro? ¿Te ha acompañado alguna falta al otro mundo, que te cierra las puertas del paraíso! Haré que te digan misas, para que tu alma errante vuelva á su patria. ¿Has enterrado el oro de viudas y huérfanos, y vuelas ahora, á la media noche, lamentándote? Yo arrancaré esos tesoros de las garras de los encantados dragones, aunque despidan contra mí llamas á millares, y muerdan mi espada con sus dientes agudos... ¿Vienes acaso á mi ruego á descifrar los enigmas de la eternidad? ¡Habla, habla! Yo no soy hombre capaz de sentir el temor lívido.

EL VIEJO MOOR.—No soy ningún aparecido. Tócame... vivo... ¡vivo una vida miserable y digna de lástima!

MOOR.—¿Cómo! ¿No has sido enterrado?

EL VIEJO MOOR.—Me han enterrado, esto es, han puesto un perro muerto en la tumba de mis antepasados, y yo... hace ya tres meses cumplidos que vegeto en estas bóvedas sombrías y subterráneas, á donde no llega ningún rayo de sol, ni aire tibio, ni amigo alguno, y sólo se oye el graznido de los cuervos y el canto del buho...

MOOR.—¡Cielo y tierra! ¿Quién ha hecho esto?

EL VIEJO MOOR.—¡No lo maldigas!... Mi hijo Franz lo ha hecho.

MOOR.—¿Franz, Franz? ¡Oh caos eterno!

EL VIEJO MOOR.—Si tú, salvador mío, eres hombre y tienes corazón varonil, porque no te conozco, oye los lamentos de un padre, á quien sus hijos han llevado... tres meses ha ya que gimo bajo estas bóvedas de piedra, sordas á mis ayes, que con sus ecos se burlan de mi dolor. Por tanto, si tú eres hombre, si tienes un corazón humano...

MOOR.—Esos ruegos hasta á las fieras harían salir de sus guaridas.

EL VIEJO MOOR.—Largo tiempo estuve enfermo en mi lecho. Cuando empezaba á reponerme y á cobrar fuerzas, después de una enfermedad peligrosa, me presentaron un hombre, el cual me dijo que mi hijo primogénito había muerto en una batalla, que traía consigo una espada teñida con su sangre, y que sus últimas palabras habían sido que mi maldición lo había forzado á pelear y á buscar la muerte en su desesperación.

MOOR. (Volviéndose con violencia.)—¡Claro está!

EL VIEJO MOOR.—Oye más: yo me desmayé al saber esta nueva. Tuviéronme por muerto, porque al volver en mi acuerdo, yacía en un féretro, y envuelto como un cadáver en un paño mortuario. Me esforcé en levantar la cubierta de la caja, y ésta se abrió. Era entonces noche oscura, y mi hijo Franz estaba delante de mí... «¿Cómo! gritó con voz terrible, ¿quieres vivir eternamente?» y en seguida cerró de nuevo la caja. Sus palabras, como el trueno, me privaron del uso de mis sentidos; cuando desperté de mi letargo, sentí que me levantaron en alto, y que me llevaron en un carruaje por espacio de una media hora. Al fin abrieron mi féretro... me encontré á la entrada de estas bóvedas, en presencia de mi hijo y del hombre que trajo

la espada sangrienta de Carlos... diez veces abracé sus rodillas, y rogué, y supliqué, y lloré, y lo conjuré... pero las plegarias de un padre no llegaban á su corazón... «¡Llevad abajo ese féretro, gritó con voz estentórea, que harto ha vivido ya;» y allá me llevaron sin compasión, y mi hijo Franz cerró con sus manos la puerta.

Moor.—¡No es posible, no es posible! Debéis estar equivocados.

El viejo Moor.—No puedo engañarme. Oye más, pero no te encolerices. Así estuve veinte horas, y nadie me socorrió en este trance. Ningún hombre huella jamás tampoco este lugar solitario, porque, según dice la tradición popular, las almas en pena de mis progenitores arrastran aquí cadenas con ruido, y á la media noche entonan cánticos de muerte. Al fin sentí que se abría la puerta; ese hombre me trajo pan y agua, y me reveló que yo estaba condenado á morir de hambre, y que ponía en peligro su vida si se averiguaba que me mantenía. Con trabajo, pues, me he conservado tan largo tiempo, pero el frío incesante... el aire corrompido de estas bóvedas... mi inconsolable pena... debilitan mis fuerzas, mi cuerpo vacila; millares de veces he pedido á Dios llorando la muerte; no habré pagado todas mis culpas acaso... ó me aguarda quizás alguna alegría extraordinaria, cuando tan maravillosamente me sostengo. Y sufro con razón... ¡mi Carlos, mi Carlos!... y aun no tenía un solo cabello blanco.

Moor.—¡Basta! ¡Arriba, troncos, témpanos de hielo; arriba, pesados é insensibles durmientes! ¡Arriba! ¡Ninguno despertará! (Tira un pistoletazo por encima de los ladrones, que duermen.)

Los LADRONES. (Despertándose.)—¿Qué es eso? ¡Eh? ¡Hola! ¿Qué hay?

Moor.—¿No os ha arrancado del sueño esa relación? ¡El mismo sueño eterno despertaría al oírlo! ¡Mirad, mirad!

Las leyes del mundo son un juego de azar, los lazos de la sangre se rompen, la antigua discordia anda suelta, y el hijo asesina á su padre.

Los LADRONES.—¿Qué dice el capitán?

Moor.—¡No, no lo asesina! La palabra es demasiado dulce... el hijo pone al padre mil veces en la rueda, lo empala, lo tortura, lo desgarrá! Estas voces son todas demasiado humanas... el mismo pecado se ruborizará, temblará el canibal, y ningún demonio se ha atrevido á comerlo desde el principio del mundo... El hijo, á su propio padre, lo ha... ¡miradlo, miradlo! se desmaya... en esa bóveda el hijo á su padre... frío... desnudez... hambre... sed... ¡oh! ¡mirad, mirad!... es también mi padre, yo os lo confieso.

Los LADRONES. (Que se acercan corriendo, y rodean al anciano.)
¿Tu padre? ¿Tu padre?

SCHWEIZER. (Que se aproxima en ademán de adorarlo, y se prosterna delante de él.)—¡Padre de mi capitán! ¡Yo te beso los pies! ¡Dispón de mi puñal!

Moor.—¡Venganza, venganza, venganza! ¡Anciano, cruelmente ofendido, anciano profanado! ¡Así rasgo yo desde ahora para siempre el lazo fraternal! (Rasga su vestido de arriba abajo.) Así maldigo yo, á la faz del cielo, cada gota de sangre de mi hermano. ¡Oídme, luna y estrellas! ¡Oyeme, firmamento de la media noche, que contemplas desde esa altura esta maldad! ¡Oyeme, Dios, tres veces terrible, que, desde arriba, riges el mundo lunar, y castigas y condenas á los astros, y lanzas llamas en medio de la noche! Aquí me arrojo... aquí levanto yo mi mano en el horror de las tinieblas... aquí juro yo, y así la naturaleza me lance de sus dominios como á un monstruo si quebranto este juramento, de no saludar la luz del día hasta que la sangre del asesino de mi padre, derramada sobre esta piedra, humee hacia el sol. (Se levanta.)

LOS LADRONES.—Es un rasgo de Belial. ¡Y dirán que somos criminales! No, ¡por todos los dragones! Nunca hemos hecho nada semejante.

MOOR.—¡Sí! y por todos los horribles suspiros de los que perecieron atravesados por vuestros puñales, de los que devoraron mis llamas, y de los aplastados por la caída de mi torre, ningún pensamiento de sangre ó de robo ha de tener entrada en vuestro pecho, hasta que tiña de escarlata á vuestros vestidos la sangre de ese réprobo... ¿Habéis soñado nunca que seríais los instrumentos de la Majestad suprema? El ovillo revuelto de nuestro destino se ha desenredado. Hoy, hoy ha ennoblecido nuestra profesión un poder invisible. Rogad al que os encarga esta obra sublime; os ha traído aquí, y os ha dignificado para ser los ángeles exterminadores de su sombría justicia. ¡Descubrid vuestras cabezas! ¡Arrodillaos en el polvo, y levantaos santificados! (Se arrodillan.)

SCHWEIZER.—Manda capitán... ¿qué hacemos?

MOOR.—Levántate, Schweizer, y toca estos cabellos sagrados. (Llévalo junto á su padre, y le hace tocar sus cabellos.) ¿Recuerdas cuando hendiste la cabeza á aquel soldado bohemio, al esgrimir su sable sobre la mía, estando yo arrodillado, sin aliento, y desfallecido de la pelea? Entonces te prometí una recompensa regia; hasta aquí no he podido pagártela...

SCHWEIZER.—Cierto que lo juraste, pero deja que te llame siempre mi deudor perpetuo.

MOOR.—¡No! Ahora quiero pagarte, Schweizer, y no habrá mortal tan honrado como tú... ¡Venga á mi padre!

(Schweizer se levanta.)

SCHWEIZER.—¡Mi gran capitán! Hoy me llenas de orgullo por primera vez... Manda: ¿en dónde, cómo, cuando debo matarlo?

MOOR.—Los minutos son preciosos, y has de apresurar-

te... Toma hombres escogidos de nuestra banda, y llévalos en línea recta al castillo del noble. Arráncalo de su lecho, si duerme ó yace en los brazos del deleite; tráelo arrastrando del festín, si está ebrio; sepáralo con violencia del Crucifijo, si lo adora de rodillas. Pero te digo, te encargo encarecidamente que no lo traigas muerto. Quiero desgarrar en pedazos y ofrecer á los buitres hambrientos las carnes del que le arranque un solo cabello, ó le arañe siquiera la piel. Ha de ser mío todo él, y si lo traes completo y vivo, un millón será tu premio, y lo robaré á un rey, á riesgo de mi vida, y podrás irte libre como el aire... ¡Si me has entendido... corre de aquí cuanto antes!

SCHWEIZER.—Basta, capitán... ¡aquí está mi mano! O vuelven dos, ó ninguno. ¡Ayúdame, ángel exterminador de Schweizer! (Váse con un pelotón.)

MOOR.—Diseminaos vosotros por el bosque... yo quedo aquí.